



PUNTO DE VISTA

La literatura y la realidad han revelado en estos días dos historias de soldados. Se trata de dos dramas personales, que dan cuenta de un mundo en que se mezclan las ambiciones de gloria con las frustraciones oscuras, la manipulación urtica de la disciplina y la lealtad con la traición, el abandono, el crimen, la complicidad y la coherencia moral.

Son episodios particulares, pero igualmente son parte de nuestra historia común.

En su libro "Crónicas verdaderas", la escritora Mónica Echeverría nos relata la vida de un joven oficial, el mayor del Ejército Armando Fernández Larrios, que en 1973 creyó estar protagonizando actos heroicos al servicio de la patria.

El relato va desde el nacimiento de Armando Fernández Larrios, hijo de Alfredo Fernández Romero, comandante de escuadrilla de la FACH, hasta el episodio en que, con la carrera trunfada y el alma herida por la culpa y el abandono, traicionado por sus jefes y su institución, se inclina en octubre de 1979 ante la tumba de su padre y dice en medio del llanto y el dolor: "Perdóname. Sé que te he deshechado".

Su vida en el Ejército lo llevó desde el asalto de La Moneda, el 11 de septiembre de 1973 (cuando le pasó un pañuelo a su jefe, el general Javier Palacios, para que se restañara una herida leve) hasta la época en que se convirtió en ejecutor, torturador y terrorista internacional.

En su hoja de vida figura su actuación en los crímenes alevosos cometidos por la Caravana de la Muerte,

comandada por el general Sergio Arellano Stark, en octubre de 1973; su paso por la DINA; el asesinato en Buenos Aires del ex comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, y del ex canciller Orlando Letelier en Washington.

Fernández Larrios fue un oficial destacado, adulado, que perteneció a los elegidos del servicio de inteligencia, pero su estrella se apagó en medio de la traición, el abandono, el rechazo de quienes debían responder por los actos que se vio inculcado a cometer por los principios de disciplina, subordinación y lealtad en que había sido formado.

Solo que sus superiores directos, la institución y el comandante en jefe lo dejaron en la estacada y finalmente lo estigmatizaron como desertor, únicamente porque no realizó el desprecio y quizás su propia conciencia cuando la justicia de Estados Unidos lo acusó por el crimen de Letelier.

En el fondo fue objeto de una vulgar transacción y de una condena a la cárcel y a la deshonra. De allí su derrumbe emocional y moral, que lo llevó a refugiarse en Estados Unidos bajo una nueva identidad, que no le ha

garantizado el olvido, ni lo ha librado del remordimiento.

En el libro de Mónica Echeverría repasamos un proceso judicial que nuevamente nos recuerda el asesinato de 82 complotistas, en octubre de 1973, cuando la Caravana de la Muerte dejó su huella de sangre de Valdivia a Antofagasta.

Se trata de otro de los dramas personales y colectivos que le tocó vivir al país en esos días, cuyo dolor sigue acompañando a los deudos hasta hoy, muchos de los cuales ni siquiera han podido encontrar los restos de sus familiares muertos.

Y surge aquí otra historia de soldados, la del general Sergio Arellano Stark, jefe del comando exterminador que quiso enviar un mensaje

Dos historias de soldados



de terror a los chilenos, para inhibir la resistencia contra la agresión a la democracia y la libertad.

Hoy Arellano Stark se parapeta en su honor de viejo soldado y alarga inocencia penal por los hechos. Reconoce que fue sobrepasado y quizás traicionado por instancias a las cuales, preso todavía en un mal entendido y peor correspondido sentido de la lealtad, se niega a identificar, tal vez porque se le derrumbaría toda su escala de valores.

Pero la carta que le envió a Pinochet revela toda la frustración y el dolor que siente por el abandono. Vislumbra que, sospechoso de ser proclive a la D1, fue objeto de una trampa, víctima de la deslealtad que se extendió en las altas esferas castrenses durante la dictadura militar a la hora de asumir la responsabilidad por los crímenes.

La derecha y diversos ex oficiales pinochetistas sostienen hoy que el proceso contra Arellano Stark perjudicaría el clima de convivencia, la gobernabilidad y la paz del país.

El hecho constituye una prestación abusiva contra los tribunales, un agravio contra los familiares de los chilenos asesinados por la unidad que comandaba

Arellano Stark, y siembra serias dudas con respecto a que la investigación pertinente llegue al fondo del problema.

La historia del país, y por cierto la de las propias Fuerzas Armadas, está escrita por episodios como los vividos por un Fernández Larrios o un Arellano Stark.

Es indispensable que el país analice objetivamente la responsabilidad de todos los actores políticos en las últimas décadas, incluso en los años 60 y 70, como se reclama desde las filas de algunos sectores repentinamente convertidos a la defensa de los derechos humanos.

Mal que mal, hay también una lista de militares que fueron víctimas de la represión generada por los mismos sectores políticos y militares que dieron el golpe de Estado de 1973, y esa lista está encabezada nada menos que por los dos comandantes en jefe del Ejército anteriores a Pinochet, los generales René Schneider y Carlos Prats.

Cabría esperar, por consiguiente, que la demanda de investigar la responsabilidad política y moral por los hechos anteriores al 11 de septiembre de 1973 tomara en cuenta también a estas y otras víctimas militares.

En la medida en que nos hagamos cargo de la verdad total, estaremos acercándonos a la justicia, fundamento de una relación normal entre los civiles y las Fuerzas Armadas, cosas en que estamos todos interesados.

Periodista.

Dos historias de soldados [artículo] Marcel Garcés.

Libros y documentos

AUTORÍA

Garcés, Marcel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Dos historias de soldados [artículo] Marcel Garcés.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile